

Tensiones y posibilidades en el estudio del movimiento estudiantil desde la teoría actor-red¹

Tensions and possibilities in the study of the student movement from the perspective of actor-network theory

Fecha de recepción: 25 de agosto de 2025 - Fecha de aprobación: 18 de febrero de 2026

William Cifuentes Cruz²

Resumen

Los estudios sobre el movimiento estudiantil colombiano han tendido a reproducir enfoques mecánicos, lineales y dicotómicos que limitan la comprensión de su heterogeneidad. Este artículo se propone identificar las tensiones y posibilidades que emergen al estudiar dicho movimiento desde la teoría del actor-red (TAR), frente a los enfoques convencionales de las ciencias sociales. Metodológicamente, se realizó una revisión narrativa y crítica de once estudios publicados entre el 2020 y el 2024, seleccionados a partir de criterios de circulación amplia y métrica de citación, los cuales fueron analizados por medio de tres categorías operacionales: enfoques mecánicos, perspectivas lineales y resultados dicotómicos. Los hallazgos muestran que los estudios predominantes organizan la realidad en categorías rígidas, privilegian oposiciones binarias y narrativas cronológicas que simplifican las prácticas estudiantiles. Frente a ello, la TAR permite incluir actores humanos y no-humanos, visibilizar controversias y mediaciones, y cartografiar asociaciones heterogéneas. Se concluye que el movimiento estudiantil no puede concebirse como un bloque homogéneo, sino como un entramado dinámico en constante transformación que requiere nuevas herramientas analíticas.

¹ Este artículo forma parte de la tesis doctoral inscrita en la línea de investigación “Poder, Política y Sujetos Colectivos”.

² Estudiante del Doctorado en Estudios Sociales (DES) de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Docente de los programas de Ingeniería Electrónica e Ingeniería Catastral y Geodesia de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. Docente y líder del semillero Espiral Sociocultural de la Licenciatura en Ciencias Sociales de la Fundación Universitaria del Área Andina. willcifuentesc@udistrital.edu.co / <https://orcid.org/0000-0002-9843-2252>

Se encuentra entonces que el campo intelectual en Colombia surge tardíamente debido a la singularidad de la composición social y política de la nación, que tendrá como resultado la formación de intelectuales ligados a la política y a la religión, condiciones que no propician la autonomía intelectual. El inicio del campo intelectual en Colombia hacia 1955 será importante en la apertura y recepción de la cultura, pero su auge es corto y así mismo entra en declive, dando paso a la falta de crítica y a la inexistencia de un intelectual público en la actualidad en el país, con un campo intelectual débil y poco efectivo frente a la realidad social, sugiriendo la necesidad de un intelectual de dominio público.

Palabras claves:

Movimiento estudiantil, teoría del actor-red, enfoques dicotómicos, enfoques lineales, enfoques mecánicos, prácticas colectivas.

Abstract

Studies on the Colombian student movement have tended to reproduce mechanical, linear and dichotomous approaches that limit the understanding of its heterogeneity. This article aims to identify the tensions and possibilities that emerge when studying this movement through actor-network theory (ANT), in contrast to conventional social science frameworks. Methodologically, a narrative and critical review of eleven studies published between 2020 and 2024 was conducted, selected based on wide circulation and significant citation metrics, and analyzed using three operational categories: mechanical approaches, linear perspectives and dichotomous results. Findings show that predominant studies organize reality into rigid categories, privileging binary oppositions and chronological narratives that oversimplify student practices. Against this, ANT allows for the inclusion of human and non-human actors, makes controversies and mediations visible, and maps heterogeneous associations. It is concluded that the student movement cannot be conceived as a homogeneous bloc, but as a dynamic and constantly transforming network that requires new analytical tools..

Keywords:

Student movement, actor-network theory, dichotomous approaches, linear approaches, mechanistic approaches, collective practices.

Introducción

Iniciar una ruta de investigación sobre el movimiento estudiantil es un camino con amplias y extensas capas de investigaciones. No se trata de un tema oscuro o desconocido, por el contrario, es un tema que evoca emociones, memorias y recuerdos que se han forjado en las disciplinas de la sociología, la historia y las ciencias políticas. Lejos de ser un corpus de estudio en crisis, goza de muy buena salud dentro de la sociología y las diferentes ciencias sociales.

En todo caso, esta aparente buena salud no implica que su estudio se encuentre en una etapa superada, ni que no pueda ser abordado desde nuevas perspectivas analíticas. Antes bien, el propósito de este artículo es desarrollar una reflexión crítica en torno a un posible estancamiento en el análisis del

movimiento estudiantil. La hipótesis que orienta este artículo sostiene que once estudios publicados entre el 2020 y el 2024, provenientes de las ciencias sociales y centrados en el movimiento estudiantil, han tendido a reducir su análisis a tres dimensiones problemáticas. En primer lugar, a enfoques mecánicos que conciben la acción colectiva como una respuesta automática a estímulos externos, mediada por cálculos de racionalidad. En segundo lugar, a lecturas lineales que organizan el movimiento en periodizaciones cronológicas rígidas, dejando de lado los devenires, las emergencias y las coyunturas discontinuas que atraviesan y transforman la vida estudiantil. En tercer lugar, a resultados dicotómicos que estructuran el análisis en oposiciones binarias (lo racional frente a lo violento, los estudiantes frente a la administración, la democracia frente a la antiuniversidad), cerrando la interpretación a lecturas más abiertas. Esta triple reducción pone en evidencia una crisis en las herramientas con las que las ciencias sociales se han aproximado al movimiento estudiantil, limitando su capacidad para dar cuenta de su heterogeneidad, sus redes, sus subjetividades y sus múltiples agenciamientos.

En función de lo anterior, este artículo se propone tres objetivos. En primer lugar, examinar algunas discusiones teóricas sobre los movimientos sociales; en segundo lugar, reflexionar sobre cómo dichas discusiones han contribuido a comprender el movimiento estudiantil colombiano contemporáneo; y, en tercer lugar, evaluar la pertinencia de la TAR como enfoque para el estudio de los movimientos estudiantiles. A partir de estos objetivos, el artículo se estructura en torno a la siguiente pregunta: ¿cuáles son las tensiones y posibilidades que emergen al estudiar el movimiento estudiantil colombiano desde la TAR frente a los enfoques convencionales de las ciencias sociales?

Sin desestimar los aportes de las investigaciones citadas, este artículo busca ofrecer un panorama crítico del estudio del movimiento estudiantil, señalando tanto sus contribuciones como las tendencias que, por su reiteración, merecen ser interrogadas. Para ello, la TAR constituye la invitación metodológica central: discutir en torno a las prácticas, seguir a los actores y examinar las agencias humanas y no-humanas en la conformación de redes simétricas que cuestionan los enfoques convencionales del análisis social. El texto se organiza en tres apartados: una reflexión crítica sobre los marcos metodológicos empleados

por las ciencias sociales en el estudio de los movimientos sociales; una revisión de los principales enfoques sobre el movimiento estudiantil colombiano; y, finalmente, un examen de la pertinencia de la TAR como vía para abrir nuevas líneas de indagación.

Un repaso de las teorías de los movimientos sociales

El presente escrito no pretende acometer el estudio de la totalidad de los aspectos teóricos y metodológicos de los movimientos sociales, sino presentar aquellos que han estado más presentes en la reflexión actual y que han influido en el análisis del estudio de los movimientos estudiantiles en Colombia. Para ello, se retoman inicialmente los pasos trazados por Aranda (2000), quien propone una división tripartita: la teoría de la conducta colectiva, la movilización de recursos y los nuevos movimientos sociales (NMS). No obstante, este esquema, aunque útil como punto de partida, requiere ser actualizado y cuestionado, pues su formulación tiende a ver estas corrientes como etapas sucesivas y no como campos en permanente disputa conceptual.

Así, al observar la teoría de la conducta colectiva, por ejemplo, se identifica una raíz profundamente estructural-funcionalista que, bajo la influencia de la Escuela de Chicago y figuras como Parsons, interpreta al movimiento social como una respuesta reactiva ante una falla en el diseño institucional. Desde esta óptica, la protesta se reduce a una manifestación sintomática de una sociedad que requiere ser "curada" o estabilizada, lo que despoja a los actores de su agencia política consciente para convertirlos en reactores de una tensión sistémica.

Esta visión de la conducta colectiva, si bien fundacional, arrastra límites metodológicos que autores contemporáneos como Johnston (2003) intentan subsanar, aunque no sin generar nuevas controversias. Johnston advierte que este marco ha pecado de ser excesivamente narrativo y descriptivo, proponiendo en su lugar el uso de herramientas de la psicología social y métodos cuantitativos para medir la intensidad y el impacto político de las movilizaciones. Sin embargo, surge aquí una incompatibilidad conceptual crítica: al intentar "cientificar" la protesta por medio de variables dependientes y métricas de daños o

afectaciones a la movilidad, la propuesta de Johnston corre el riesgo de caer en un nuevo reduccionismo conductista. Mientras se busca precisión estadística, se termina por ignorar la riqueza de los marcos de significación, reduciendo el conflicto a una lógica dual y rígida que no alcanza a capturar la complejidad de por qué una sociedad decide desbordar sus instituciones. De este modo, lo que se presenta como una “actualización” metodológica puede terminar reforzando la visión del movimiento como un fenómeno externo y perturbador, en lugar de entenderlo como un constituyente legítimo de lo político.

En respuesta a lo mencionado, la teoría de la movilización de recursos o acción colectiva emerge bajo una lógica de racionalidad estratégica, entendiendo a los movimientos como grupos de presión que actúan fuera de las estructuras fijas de los partidos. Si bien autores como Tilly (2000) y Tarrow (2004) aportan conceptos fundamentales como el “repertorio de acción” y las “estructuras de oportunidad política”, su enfoque presenta una fricción evidente con la realidad latinoamericana. Como bien señala Svampa (2009), este paradigma racionalista suele opacar dimensiones simbólicas y rituales de resistencia que no siempre responden a un cálculo de costos y beneficios. La limitación aquí es clara: al privilegiar el análisis de las oportunidades políticas institucionales, se relegan elementos como la creatividad, la espontaneidad y las formas no institucionalizadas de lucha. Esta tendencia a la “profesionalización” de la teoría de la acción colectiva invisibiliza, por ejemplo, las dinámicas de las “primeras líneas” o los dispositivos de cuidado y brigadas de salud mencionados por Molina (2021), que son expresiones de solidaridad que exceden la mera movilización estratégica y se sitúan en el plano de la supervivencia y los afectos.

Esta desconexión entre la estrategia y la identidad nos obliga a transitar hacia los estudios de los NMS, los cuales rompen la linealidad de los enfoques previos al centrarse en luchas que fragmentan los muros tradicionales de la política de clase. Sin embargo, incluso dentro de este campo, existe una tensión no resuelta entre las lecturas macro y micro. Por un lado, Wallerstein (2008) ofrece una perspectiva sistémica que sitúa a estos movimientos como fuerzas antisistémicas contra el capitalismo histórico, lo cual dota al análisis de una

escala global necesaria pero que, en ocasiones, puede descuidar la especificidad local. Por otro lado, autores como Melucci (1999) y Jelin (2022) sitúan el conflicto en el terreno de la construcción de significados y la memoria colectiva. La confrontación aquí no es solo de escala, sino de propósito: mientras unos ven al movimiento como una herramienta para fracturar el sistema-mundo, otros lo ven como un proceso de autogestión y reconocimiento de subjetividades históricamente invisibilizadas.

Finalmente, esta cartografía teórica, lejos de estar cerrada, se encuentra en un estado de crisis productiva al enfrentarse a los estallidos sociales contemporáneos que suelen exceder los marcos de la sociología tradicional. Como sugiere Soto (2024), la necesidad actual no es elegir una de estas teorías, sino tender puentes interdisciplinarios que permitan comprender cómo lo global se entrelaza con lo subjetivo en la calle. Los movimientos sociales, y específicamente el caso del movimiento estudiantil en Colombia, no pueden ser entendidos bajo moldes yertos o rígidos; su esencia radica en una multiplicidad que desafía tanto la lógica del orden funcionalista como la del cálculo racional. En última instancia, la presencia de la lucha es un componente latente que, como indica Touraine (2006), apuesta siempre por la identidad y la oposición frente a la totalidad, exigiendo una propuesta teórica que sea tan fluida y transformadora como los propios sujetos que la protagonizan.

Un acercamiento al movimiento estudiantil colombiano

El estudio del movimiento estudiantil en Colombia ha tendido a incorporar los modelos teóricos ya revisados; no obstante, persiste una primacía del enfoque descriptivo centrado en la narración de acontecimientos, lo que ha derivado en investigaciones que reproducen síntesis duales y análisis lineales con resultados predecibles. Esta recurrencia ha limitado la comprensión de las dimensiones heterogéneas del movimiento estudiantil, su carácter cambiante y las prácticas múltiples que lo configuran. Más que desconocer los aportes previos, se trata de subrayar que la repetición de estos esquemas ha conducido a una visión parcial del fenómeno.

El resultado que arrojó Scopus se filtró por medio del *software* VOSviewer, que forjó un mapeo para identificar temas y artículos recientes (figura 1):

p. 24

A partir de estos resultados temáticos, se realizó una búsqueda de documentos sobre el movimiento estudiantil en Colombia por medio de la plataforma Open Knowledge Maps en la temporalidad del 2020 al 2024. El corpus inicial estuvo compuesto por dos libros y quince artículos, sin embargo, la selección final se redujo a los dos libros y nueve artículos. Los criterios de exclusión se organizaron en torno a tres parámetros: la repetición de un mismo autor en varios documentos, el rigor académico evaluado con la lectura de cada texto, y la naturaleza del documento, privilegiando artículos de reflexión por encima de reseñas. Por su parte, los criterios de inclusión consideraron la delimitación temporal entre el 2020 y el 2024, la circulación amplia de los textos y una métrica de citación significativa. Cabe señalar que, como se ha indicado a lo largo de este trabajo, existe una abundante bibliografía sobre el tema, cuya revisión exhaustiva queda propuesta como tarea para investigaciones futuras.

Así, se adoptó una revisión narrativa, entendida como un tipo de revisión flexible que se distingue de enfoques más rigurosos como la revisión sistemática (Manterola et al., 2023). Este diseño permitió examinar el corpus documental seleccionado y organizarlo en tres grupos analíticos, los cuales se presentan a continuación.

Un primer grupo de trabajos comparte un supuesto epistemológico común: la realidad del movimiento estudiantil puede organizarse en oposiciones estables y legibles. Aranda (2000), al vincular el movimiento estudiantil con las teorías clásicas de los movimientos sociales, tiende a encuadrar la acción colectiva en marcos funcionales que distinguen entre comportamiento normal y disruptivo, entre integración y conflicto. Rudas (2021) y Zalamea (2008) profundizan esta tendencia al estructurar su análisis en torno a oposiciones como militancia versus democracia, o violencia irracional versus orden deliberativo. Este punto de partida presupone un orden social previo a la acción de los actores, una estructura que antecede, contiene y explica el movimiento antes de que este ocurra. Lo que se observa, entonces, no es el movimiento en su devenir, sino su reflejo en un espejo conceptual ya construido. Asumir oposiciones binarias como punto de llegada del análisis equivale a clausurar la pregunta

antes de haberla formulado, y a reducir la riqueza de las prácticas estudiantiles a categorías que, en lugar de abrir la comprensión, la administran y la contienen. El riesgo no es solo analítico sino político: al imponer dualismos, se invisibilizan las zonas grises, las negociaciones cotidianas, las alianzas improbables y las formas de resistencia que no encajan en ninguno de los polos de la oposición propuesta.

Un segundo grupo de trabajos opera bajo una lógica causal y cronológica que concibe el movimiento como una sucesión de etapas con origen, desarrollo y declive. Grajales y Caicedo (2022), con su periodización entre 1903 y el 2014. En la misma línea, Donoso (2024), al proponer un modelo sociohistórico para comprender los movimientos estudiantiles en América Latina, construye una arquitectura comparativa que, pese a su alcance continental, reproduce una narrativa de etapas que subordina las singularidades a un esquema evolutivo común. De manera similar, García Pérez, P. (2016), al centrar su análisis en las relaciones entre paramilitarismo, Estado y estudiantes, encuadra la acción estudiantil en una lógica de causa y efecto (represión y respuesta) que invisibiliza las emergencias, las discontinuidades y los ritmos dispares que atraviesan la vida estudiantil en su cotidianidad. Este giro de mirada no implica renunciar a la historia, sino habitarla de otra manera: desde adentro de las prácticas, desde la inestabilidad de las redes, desde la contingencia de los encuentros entre actores heterogéneos que no siempre comparten un proyecto común ni una identidad consolidada.

Finalmente, un tercer grupo de trabajos centrados en la memoria, el testimonio y las expresiones culturales recupera la dimensión subjetiva y vivencial del movimiento con una sensibilidad que los enfoques más estructuralistas suelen perder. Del Campo (2020), al reconstruir las experiencias de estudiantes del Cauca entre 1979 y 1981, y Wills y Giraldo (2023), al rescatar la experiencia de Los Descalzos, devuelven al relato histórico la voz y el cuerpo de los estudiantes. Por su parte, Alonso y Hernández (2021), al analizar el muralismo estudiantil, incorporan una dimensión estética y simbólica que amplía la noción de acción colectiva más allá de la protesta organizada. Igualmente, la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición (2022), al documentar la violencia ejercida contra estudiantes y docentes en el marco del conflicto armado, pone en evidencia la manera en que la universidad fue convertida en escenario de disputa y resistencia.

No obstante, pese a la riqueza de estos aportes, todos ellos mantienen al sujeto humano como único agente legítimo de la acción colectiva. Los actores no-humanos (documentos, panfletos, murales, espacios físicos, dispositivos tecnológicos, normativas institucionales, uniformes, barricadas) permanecen en el fondo del análisis como escenario o contexto, sin agencia propia, sin capacidad de mediar, traducir o transformar la acción colectiva. Esta exclusión limita la comprensión de cómo se construyen, sostienen y deshacen las redes que hacen posible la acción estudiantil, dejando fuera elementos que participan activamente en la configuración del movimiento y cuya influencia debe ser rastreada con el mismo rigor con que se rastrean las intenciones y las identidades de los sujetos.

Es esta triple incompatibilidad (con el dualismo estructural que cierra el análisis en oposiciones binarias, con el causalismo cronológico que impone al movimiento una narrativa de etapas predefinidas, y con el antropocentrismo analítico que excluye la agencia de actores distintos al sujeto humano) la que fundamenta de manera más sólida y explícita la necesidad de incorporar nuevas herramientas conceptuales y metodológicas para comprender el movimiento estudiantil colombiano en su heterogeneidad constitutiva, su multiplicidad irreductible y su carácter siempre inacabado, siempre en proceso de hacerse y deshacerse en las prácticas concretas de quienes lo habitan.

Las categorías analíticas que organizan son: análisis mecánicos, perspectivas lineales y resultados dicotómicos (tabla 1). No fueron definidas *a priori* como marcos de clasificación, sino que emergieron inductivamente del proceso de lectura crítica de los estudios seleccionados. Para su construcción se siguieron tres criterios. En primer lugar, se identificaron los supuestos epistemológicos explícitos o implícitos de cada texto, es decir, las premisas sobre qué es el movimiento estudiantil y cómo puede ser conocido. En segundo lugar, se examinaron las estrategias metodológicas empleadas: el tipo de fuentes privilegiadas, la forma de organizar la temporalidad y el modo de presentar los resultados. En tercer lugar, se analizaron las conclusiones de cada trabajo para determinar si estas tendían a cerrar el análisis en oposiciones binarias, en narrativas causales o en descripciones cronológicas sin problematización teórica. A partir de este proceso de lectura comparada, los textos fueron agrupados

según la tendencia analítica predominante, reconociendo que varios de ellos presentan más de una de estas características de manera simultánea.

Tabla 1. Componentes de la hipótesis y su descripción

Componente de la hipótesis	Descripción/desarrollo	Base empírica de la clasificación
Análisis mecánicos	Se aplican esquemas causales fijos (represión/movilización) sin considerar dinámicas internas, contradicciones o mediaciones subjetivas y culturales. La acción estudiantil queda reducida a una respuesta automática a estímulos externos, invisibilizando motivaciones, negociaciones y formas de resistencia no reactivas. Los estudios narran hechos, cronologías y coyunturas sin problematizar sus fundamentos teóricos ni las dimensiones subyacentes del movimiento, privilegiando la sistematización de eventos sobre el análisis de las condiciones que los producen.	Uso de variables dependientes e independientes sin mediaciones subjetivas; la acción colectiva se explica por factores estructurales externos sin agencia propia. Ausencia de marco teórico explícito y predominio de reconstrucción de fuentes primarias sin análisis conceptual sistemático.
Perspectivas lineales	El movimiento se concibe en una progresión cronológica (origen/auge/declive) sin atender a la fragmentación, los ciclos superpuestos o los ritmos dispares. Esta arquitectura narrativa proyecta sobre el pasado una coherencia que los propios actores no necesariamente experimentaron, subordinando las singularidades a una narrativa maestra.	Periodizaciones organizadas por generaciones o ciclos con fechas de inicio y cierre definidas; ausencia de categorías para dar cuenta de discontinuidades o emergencias.
Resultados dicotómicos	Las conclusiones tienden a afirmar verdades binarias (éxito/fracaso, democracia/violencia), cerrando el análisis a lecturas más abiertas o contradictorias. Se reproducen oposiciones rígidas como: legal/ilegal, pacífico/violento, institucional/clandestino, universidad militante/antiuniversidad, simplificando la complejidad del campo estudiantil.	Conclusiones estructuradas en oposiciones sin categorías intermedias; ausencia de análisis de zonas grises, identidades híbridas o posicionamientos ambivalentes.

Fuente. elaboración propia

El cuadro anterior sistematiza los componentes de la hipótesis de trabajo a partir de la lectura crítica y comparada de los once estudios seleccionados. Es preciso señalar que las categorías aquí propuestas de análisis mecánicos, perspectivas lineales y resultados dicotómicos no constituyen tipos ideales cerrados ni pretenden agotar la diversidad del campo. Por el contrario, emergen inductivamente del proceso de lectura y su propósito es ordenar la argumentación, no establecer una taxonomía exhaustiva y definitiva del estado del arte sobre el movimiento estudiantil colombiano.

A partir de este análisis, podemos afirmar que existe una recurrencia significativa de estas tres tendencias en los trabajos analizados, recurrencia que resulta suficiente para justificar la necesidad de explorar enfoques alternativos que permitan comprender el movimiento estudiantil colombiano en su heterogeneidad, sus contradicciones y su carácter dinámico e inacabado.

A continuación, se propone una contribución para estudiar el movimiento estudiantil que posibilite analizar los elementos subjetivos, los actantes, los agenciamientos, las multiplicidades y los discursos otros, que posiblemente han influido en las luchas de resistencia del movimiento estudiantil pero que, por el ejercicio del lugar común, hemos llevado al silencio académico.

Entre actores y redes: una aproximación desde la TAR al análisis del movimiento estudiantil

Como hemos visto hasta este momento, el estudio del movimiento estudiantil ha priorizado una mirada lineal, descriptiva y cronológica, estructurada en ciclos o etapas. En este sentido, Maldonado (2013) ha señalado los inconvenientes de centrarse en una visión netamente cartesiana y newtoniana, ya que esta prioriza la linealidad. Por tanto, la invitación que hace Maldonado involucra un cambio profundo en la formulación de los problemas: pasar de preguntarnos qué es a cuestionar cómo se comporta. Esta perspectiva pone en evidencia un error recurrente, especialmente en las ciencias sociales, en la cual se suele quedar atrapados en un lugar común: asumir como indispensable la definición total de los fenómenos, de las categorías y la construcción de marcos teóricos tan sólidos como inflexibles.

Igualmente, Law (2020) señala que el ejercicio de perfilar un tema en exceso también revela su dispersión. A esto se suma la preocupante tendencia a adaptar los fenómenos sociales para que encajen de forma precisa en las investigaciones. Así lo expresa el autor: "Algunas partes del mundo son atrapadas en nuestras etnografías, nuestras historias y nuestras estadísticas. Pero otras partes no lo son, o si lo son, es porque han sido distorsionadas para que parezcan claras" (Law, 2020, p. 14). Al parecer, esta aparente racionalidad instrumental de los métodos de investigación pulula en las ciencias sociales contemporáneas, así lo menciona el profesor Serna (2015):

una racionalización instrumental de la investigación que, como todas las operaciones instrumentadas, termina auspiciando un repertorio inflexible de modelos de indagación y, con ellas, de rótulos reiterativos, definiciones inerciales, recetas imperturbables y estancos inviolables, en las cuales el quehacer investigativo queda signado no por sus entronques epistemológicos, teóricos o metodológicos, ni siquiera por sus entronques técnicos, sino solamente por unos supuestos modos de operación. (p. 12)

Como señala el profesor Serna, nos enfrentamos a una lógica descriptiva en la que todo debe ser registrado para comprobar su funcionalidad operativa. En este esquema, la linealidad se erige tanto como principio como fin, configurando una forma de determinismo que sustenta, de manera incipiente pero persistente, el edificio de verdad sobre el que se asienta la ciencia contemporánea.

En lo que respecta a este artículo, resulta necesario explorar nuevas formas de investigar el movimiento estudiantil. Desde los estudios sociales, el encuadre TAR abre una vía que invita a acompañar el análisis que conlleve a otros tipos de resultados. En este sentido, la propuesta de Latour (2008) permite trabajar con redes, incertidumbres, actores, actantes, agenciamientos y una amplia constelación de asociaciones vinculadas a las prácticas. Este enfoque enciende una dinámica que enriquece las investigaciones sobre el movimiento estudiantil, particularmente en el caso colombiano. Es importante señalar que no se trata de un camino perfecto ni de una solución definitiva frente a las problemáticas previamente mencionadas. Sin embargo, constituye una ruta valiosa que discute con los enfoques ya mencionados en este escrito.

Como el o la lectora atenta habrá deducido hasta este punto, la intención de este artículo es proponer una ruta en la que la TAR pueda asistir al análisis del movimiento estudiantil en Colombia. En primer lugar, se señalan algunas de sus peculiaridades y las rupturas que plantea respecto a las ciencias sociales, la teoría social y el concepto limitado de “lo social” que Latour confronta. Posteriormente, se reflexionará sobre cómo superar los resultados dicotómicos y cómo la TAR amplía el escenario de heterogeneidad. Asimismo, se abordará la necesidad de romper con un modelo de investigación taquigráfico, centrado en escritorios, para atender a las prácticas, siguiendo a los actores —humanos y no-humanos— en relaciones de simetría que expanden redes de incertidumbre y agenciamiento.

La obra de Bruno Latour resulta fundamental por la amplitud y el acervo que aporta a la TAR. Como todo enfoque, no surge de la nada: sus primeros desarrollos provienen de sus propios trabajos y los de Steve Woolgar y Michel Callon, quienes, por medio de etnografías de laboratorio, exploraron las traducciones y los agenciamientos no-humanos, cuestionando la separación entre naturaleza y cultura y los muros disciplinares del conocimiento. La producción de Latour se consolidó en tres ejes: fragmentar la división entre tecnología y sociedad; retomar la obra de Gabriel Tarde, con su visión de flujos e interacciones entre humanos y objetos; e incorporar la propuesta del lingüista Algirdas Julius Greimas, que amplía la noción de actante a todo aquello que interviene en la acción. Así, la TAR se configuró desde su base como un espacio de simetría ontológica, epistemológica e investigativa para reconocer agencia en humanos y no-humanos.

Lo mencionado anteriormente lía pensar el mundo en términos de redes, pero no únicamente como conexiones entre humanos, tal como las concibe la sociología de lo social, sino como entramados que involucran incertidumbres, heterogeneidades, metamorfosis, híbridos y controversias en constante transformación (Zaragoza, 2025). A la par, los trabajos de Latour circulan en laboratorios, círculos intelectuales y grupos científicos, siguiendo a los actores y descifrando cómo configuran sus redes de agenciamientos; un ejemplo esclarecedor es el caso de su libro sobre Pasteur, del que Lezaun (2013) señala:

El resultado es un relato que describe cómo Pasteur y su laboratorio se han vuelto centrales para una alianza emergente de microbios, agricultores, higienistas y políticos. Esta multiplicidad de actores, al final, se fusiona en torno a la figura central de “Pasteur”, no la mente brillante canonizada en relatos hagiográficos de descubrimiento científico, sino un compuesto del actor-red que interrelaciona y transforma los intereses de una serie de actores humanos y no humanos. (p. 407)

Visto de esta forma, Latour propone una sociología de las asociaciones, ya que propicia la formación de redes heterogéneas. Esto implica trabajar sobre las interacciones, dejando de lado el lugar común del contexto y, más que en las estructuras, poniendo el énfasis en las agencias (Zaragoza, 2025). Lo anterior permite pensar en términos de asociaciones en movimiento, cambio y transformación, lo que necesariamente supone rastrear en acción los procesos, las conexiones y sus modificaciones. Si se adopta esta perspectiva de lo dinámico, lo homogéneo pasa a percibirse como un aspecto sólido, lineal, dicotómico y anquilosado. En este sentido, Pozas (2016) señala:

Una vez que se elimina la idea de un todo compuesto de elementos homogéneos, es fácil comprender que las propiedades emergentes resultan de los efectos combinados de sus componentes, de la misma forma en que la combinación de productos químicos diversos da lugar a sustancias venenosas, explosivas o curativas sin que ninguno de sus elementos tenga dichas propiedades por separado. (p. 64)

Precisamente, el propio Latour (2022) analiza de forma crítica las certezas de la modernidad como constitución que establece la separación entre naturaleza y sociedad, humanos y no-humanos, objeto y sujeto. El autor afirma: “Nunca estuvimos sumidos en un flujo homogéneo y planetario procedente ya sea del porvenir o del fondo de las edades. La modernización nunca ocurrió” (p. 114).

La solución al nudo gordiano propuesta por la TAR radica en la convergencia de múltiples aspectos disciplinares en juego. En lugar de seguir la desgastada interpretación de lo social por lo social, que opera como un guion rígido e insta a desempeñar un papel de forma secuencial, la propuesta de Latour

—como hemos visto— no se limita a ser una simple fuente de acción, sino que funciona como un blanco móvil de convergencias que nos integra en un ensamblaje mucho más amplio, desde el cual interpretar las asociaciones en movimiento (Latour, 2008).

En sociología, los actores humanos fueron con frecuencia reducidos a simples informantes, en un intento de hacer de esta disciplina una ciencia tan exacta como la física o la química. La TAR propone devolver a los actores la capacidad de autodefinirse, sin que el investigador determine de antemano qué constituye lo social. Comprenderlo exige abandonar la idea de una traducción única de todos los lenguajes y, en cambio, seguir a los actores y sus prácticas como vía para fragmentar las visiones dominantes en las ciencias sociales. A partir de esta revisión, queda por plantear cómo la TAR puede aportar al análisis del movimiento estudiantil, evitando los límites señalados en enfoques tradicionales.

Contribuciones de la TAR al campo de estudios de los movimientos estudiantiles en Colombia

El presente apartado propone caminar por zonas no tan transitadas, andar con cautela y alerta frente a posibilidades no tan mencionadas en las investigaciones del movimiento estudiantil. Dichos caminos serán nuestra brújula desde la TAR: seguir a los actores, incluir a los no-humanos, cartografiar asociaciones heterogéneas, atender a las prácticas, traducciones y controversias.

En el caso del movimiento estudiantil, los grupos, colectivos juveniles, partidos políticos e incluso ciertas agrupaciones específicas son concebidas como estructuras inflexibles que confrontan a otras igualmente rígidas, encargadas de sostener la ideología de distintos sectores del estudiantado. Frente a esta centralidad, la TAR propone un cambio de enfoque: seguir a los actores, rastrear sus huellas y atender los entramados en los que emergen otras formas de organización. Esto implica desplazar la atención de los centros hacia sus antípodas, con el fin de visibilizar dinámicas menos evidentes pero igualmente constitutivas del movimiento.

Un ejemplo de ello es el estudio de Parra-Romero y Gitahy (2017), que muestra cómo la articulación de actores heterogéneos permite conformar demandas e intereses diversos que convergen en la defensa del agua. Seguir a los actores desde sus prácticas implica rastrear elementos poco visibles en las fuentes tradicionales, lo que pone en evidencia que los movimientos no son organizaciones homogéneas, sino entramados con disonancias, conflictos y convergencias. Este enfoque resulta relevante porque cuestiona la idea de una “voz única” enfrentada a otra y propone, en cambio, analizar la polifonía de actores que, como ritornelos, configuran la dinámica del movimiento social.

En el movimiento estudiantil, este enfoque permite plantear hipótesis como la existencia de voces disidentes dentro de las organizaciones, la incorporación de elementos que trascienden los repertorios tradicionales de resistencia, el seguimiento de rastros de movimientos clandestinos y el papel de la burocracia institucional en la financiación de ciertos grupos. Así, los actores y sus prácticas obligan a reconocer más de dos posiciones y a analizar la acción colectiva como un entramado dinámico, más allá de etapas o narrativas centradas en héroes, mártires o líderes. Seguir a los actores no significa subjetivizar el análisis ni caer en visiones ontológicas rígidas, sino atender a las agencias más-que-humanas que sostienen y configuran el movimiento en su complejidad.

La inclusión de lo no-humano constituye una de las aportaciones más sugerentes al análisis del movimiento estudiantil. Latour y Woolgar (2022) ya habían destacado la agencia de los objetos en el debate entre Durkheim y Tarde. Frente a la separación clásica entre naturaleza y cultura, Tarde propone superar las dicotomías sujeto/objeto y micro/macro, ofreciendo una racionalidad alternativa. Incorporar los objetos en el estudio del movimiento estudiantil permite considerar símbolos, consignas, capuchas, gases lacrimógenos, piedras, redes sociales, plataformas digitales, fotografías y muros, todos ellos comprendidos como agentes de acción que configuran las dinámicas de la protesta.

Incluso fuera de la TAR se han identificado elementos como el muralismo en la universidad pública. El colectivo Memoria Social y Colectiva UD

reconstruye, con ayuda de imágenes, la memoria de la Facultad de Ciencias y Educación de la Universidad Distrital. De forma similar, el Museo de la Memoria del Movimiento Estudiantil de la Universidad Nacional conserva panfletos y fotografías que documentan su trayectoria. En esta línea, Alonso y Hernández (2021), desde el análisis crítico del discurso, muestran cómo los murales de la Universidad Nacional funcionan como medios de denuncia, memoria y resistencia, articulando forma y contenido, y expresando una estética inseparable de su contexto histórico, geográfico y social.

Lo anterior muestra que la inclusión de lo no-humano amplía las investigaciones y debates sobre la agencia de los objetos. Para quienes trabajamos en lo social, resulta difícil aceptar que los objetos no son estáticos ni inertes, sino actores que median y configuran las dinámicas colectivas. Ello exige pensar en asociaciones en red que revelen conexiones de agencia e interpreten fenómenos aparentemente resueltos. Así, sin el panfleto las demandas pierden sustento, sin la piedra no se configura el disturbio y sin el mural no se consolida la memoria. En este sentido, la simetría entre humanos y no-humanos permite comprender al movimiento estudiantil no como un bloque homogéneo, sino como un ensamblaje múltiple, dinámico y en constante transformación.

De esta manera, las redes se vuelven indispensables al ofrecer un enfoque simétrico que permite visibilizar alianzas entre diversos actores y elementos: colectivos estudiantiles, profesorado, organizaciones de derechos humanos, personal administrativo, infraestructuras, muros, bombas molotov, panfletos, estenciles, protocolos, normativas y un sinnúmero de diagramas de conexiones en constante movimiento y transformación. La propuesta de la TAR posibilita cartografiar asociaciones que antes concebíamos como desconectadas o irrelevantes para los estudios sociales, y que incluso temíamos incorporar en el espectro heterogéneo del análisis.

Así pues, pensar el movimiento estudiantil desde el enfoque mencionado también posibilita comprender las propuestas y acciones que se despliegan más allá de los muros universitarios. En este sentido, dichas redes de análisis se extienden hacia la exterioridad y permiten reconocer proyectos colectivos

en territorios populares, iniciativas de educación comunitaria, luchas ambientales y una diversidad de espacios en los que el movimiento estudiantil ha impulsado formas de organización comunitaria.

Digamos, también, que una parte importante del movimiento estudiantil son sus prácticas cotidianas. Estas, en apariencia, se muestran estables —como lo ponen en evidencia numerosos estudios ya realizados—, pero lo que ocurre en la actualidad en las asambleas, los grupos de WhatsApp, las consignas y la proliferación de disturbios revela dinámicas distintas. Hoy el movimiento estudiantil también se manifiesta en las redes sociales: en TikTok, y especialmente en Instagram, existe un vasto conjunto de cuentas que se alimentan constantemente de videos y fotografías sobre los disturbios en distintas universidades del país.

Ya lo hemos señalado en este escrito: gran parte de las investigaciones adoptan un fuerte carácter descriptivo que acomoda la realidad a sus propios esquemas epistemológicos. Sin embargo, la TAR, en la línea que propone Latour, plantea un camino más parsimonioso, uno que requiere atender a las prácticas de los actantes para narrar aquello que efectivamente sucede, incluso lo que solemos obviar. Como lo expresaba el antropólogo Calle (1990): “Se puede viajar por todo el mundo sin ver nada, o se puede ir solamente a la tienda de la esquina y descubrir todo un mundo” (p. 10).

Las traducciones son clave para reconocer la multiplicidad de actores en el movimiento estudiantil. Asumir que el movimiento etapista del pasado es idéntico al actual sería ignorar las mutaciones de sus demandas y su capacidad de incomodar. Hoy emergen cuestiones como denuncias de acoso, murales de la infamia o la atención a la salud mental. Seguir cómo estas demandas se traducen —del aula al pliego, de la asamblea local al comunicado nacional, del grafiti a la prensa— permite identificar desplazamientos y transformaciones. Tales traducciones muestran pérdidas y ganancias de sentido y presentan dinámicas que los investigadores también debemos interpretar para comprender su complejidad.

Finalmente, la TAR propone atender los conflictos y controversias como espacios centrales de producción de conocimiento. En el caso del movimiento estudiantil, esto se refleja en los debates sobre tácticas —diálogo o confrontación—, las tensiones con la institucionalidad y las narrativas mediáticas que reconfiguran su imagen. Estas disputas no son simples obstáculos, sino nodos en los que se redefinen alianzas, se reconfiguran actores y surgen nuevas formas de organización. En medio del conflicto emergen conexiones inesperadas entre estudiantes, colectivos feministas, sindicatos, comunidades barriales, medios e incluso instancias estatales. Seguir estas controversias permite cartografiar redes que no son lineales, sino cambiantes y expansivas. Desde esta perspectiva, el movimiento estudiantil se entiende no como una entidad fija, sino como un entramado dinámico en el que los significados de lo político y lo estudiantil están en constante negociación. Reconocerlas como espacios de conocimiento invita a rastrear los desplazamientos y ensamblajes que mantienen viva su fuerza transformadora.

Conclusiones

Este artículo se propuso tres objetivos: examinar las principales discusiones teóricas sobre los movimientos sociales y reflexionar sobre cómo dichas discusiones han contribuido; también la comprensión del movimiento estudiantil colombiano contemporáneo; y evaluar la pertinencia de la TAR como enfoque alternativo para su estudio. En función de estos objetivos, la pregunta que orientó el análisis fue: ¿cuáles son las tensiones y posibilidades que emergen al estudiar el movimiento estudiantil colombiano desde la TAR frente a los enfoques convencionales de las ciencias sociales? A partir de una revisión narrativa y crítica de once estudios seleccionados con criterios de inclusión explícitos (delimitación temporal entre el 2020 y el 2024, circulación amplia y métrica de citación significativa), el análisis identificó tres tendencias analíticas recurrentes que constituyen la tensión central del campo: enfoques mecánicos que reducen la acción estudiantil a esquemas causales de represión y respuesta; perspectivas lineales que conciben el movimiento como una sucesión de etapas predefinidas; y resultados dicotómicos que estructuran las conclusiones en oposiciones binarias que simplifican la complejidad del fenómeno.

Estas tres categorías fueron construidas operacionalmente a partir de criterios verificables: los supuestos epistemológicos de cada texto, las estrategias metodológicas empleadas y la estructura de sus conclusiones. Un estudio fue clasificado como mecánico cuando explicaba la acción colectiva por medio de variables causales externas sin mediaciones subjetivas; como lineal cuando organizaba el movimiento en periodizaciones cronológicas cerradas; y como dicotómico cuando sus conclusiones se articulaban en oposiciones binarias sin categorías intermedias. Este procedimiento ofrece una base empírica explícita que puede ser verificada por otros investigadores a partir de los mismos textos analizados.

Frente a estas tensiones, las posibilidades que abre la TAR resultan analíticamente significativas. Ante el mecanicismo, propone rastrear mediaciones, traducciones y agencias múltiples sin reducirlas a esquemas de causa y efecto. Ante la linealidad, invita a seguir a los actores en sus propias trayectorias sin imponer narrativas evolutivas externas. Ante el dualismo, propone una simetría analítica entre humanos y no-humanos (documentos, espacios, dispositivos, normativas, objetos de la protesta) que amplía el campo de lo que cuenta como actor en la vida estudiantil. Desde este enfoque, el movimiento estudiantil no puede concebirse como un bloque homogéneo ni como un proceso de etapas fijas, sino como un entramado dinámico cuyos límites, identidades y formas de acción se redefinen continuamente en las prácticas concretas de quienes lo habitan.

Para investigaciones futuras se propone avanzar en metodologías que acompañen a los actores en sus prácticas e incorporen análisis multiescalares. Quedan abiertas varias preguntas que este artículo no pudo resolver en su totalidad: ¿cómo rastrear empíricamente el papel de los actores no-humanos en la acción colectiva estudiantil? ¿De qué manera las redes digitales reconfiguran los repertorios de protesta? ¿Qué alianzas comunitarias se tejen desde lo estudiantil hacia otros campos sociales? Estos interrogantes invitan a explorar no solo la TAR, sino un conjunto más amplio de enfoques aún poco transitados en la sociología colombiana, con el propósito de comprender el movimiento estudiantil en toda su multiplicidad, su heterogeneidad constitutiva y su persistente potencial transformador.

Referencias

- Alonso, A. J., y Hernández Rueda, E. (2021). El muralismo estudiantil en Colombia: Acción política y discurso sobre las paredes de la Universidad Nacional de Colombia. *Signo y Pensamiento*, 40(78), 1-16.
- Aranda Sánchez, J. (2000). El movimiento estudiantil y la teoría de los movimientos sociales. *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, 7(21), 107-132.
- Calle, H. (1990). Hacia una antropología de la vida cotidiana. *Boletín de Antropología*, (5), 9-26.
- Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición. (2022). *Caso universidades y conflicto armado en Colombia*. Comisión de la Verdad.
- Del Campo Bonilla, H. (2020). *Excomulgados: Crónica de un momento del movimiento estudiantil en la Universidad del Cauca (1979-1981)*. Universidad del Cauca.
- Donoso Romo, A. (2024). Los movimientos estudiantiles desde la historia: Un modelo de interpretación de alcance latinoamericano. *Trashumante. Revista Americana de Historia Social*, (24), 306-328. <https://doi.org/10.17533/udea.trahs.n24a14>
- García Pérez, P. (2016). La privatización de la violencia en Colombia y las AUC: de las autodefensas al paramilitarismo contrainsurgente y criminal. *Izquierdas*, (27), 230-255.
- Grajales Zárate, S., y Caicedo, D. F. (2022). Historización del movimiento estudiantil colombiano: Las seis generaciones de lucha desde 1900 hasta 2014. *Ciencia Política*, 17(33), 105-138. <https://doi.org/10.15446/cp.v17n33.100346>
- Jelin, E. (2022). *Los trabajos de la memoria*. Fondo de Cultura Económica.
- Johnston, H. (2003). El reencuentro de la psicología social con la conducta colectiva y los movimientos sociales. *Revista de Psicología Social*, 18(2), 207-211. <https://doi.org/10.1174/02134740321645276>
- Latour, B. (2008). *Re-ensamblar lo social: Una introducción a la teoría del actor-red*. Manantial.
- Latour, B. (2022). *Nunca fuimos modernos: Ensayos de antropología simétrica*. Siglo XXI Editores.
- Latour, B., y Woolgar, S. (2022). *La vida en el laboratorio: La construcción de los hechos científicos*. Alianza Editorial.
- Law, J. (2020). *Después del método: Desorden en la investigación en ciencias sociales*. Universidad del Cauca.
- Lezaun, J. (2013)¹¹. La teoría del actor-red. Una mirada renovada sobre la teoría social (Gabriel Kessler) *Significado e impacto social de las ciencias de la complejidad*. Ediciones Desde Abajo.
- Manterola, C., Rivadeneira, J., Delgado, H., Sotelo, C., y Otzen, T. (2023). ¿Cuántos tipos de revisiones de la literatura existen? Enumeración, descripción y clasificación: Revisión cualitativa. *International Journal of Morphology*, 41(4), 1240-1253.
- Melucci, A. (1999). *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. El Colegio de México.

- Molina Vera, N. (2021). Repertorios de la resistencia. *Revista Pensamiento y Acción Interdisciplinaria*, 7(2), 64-85. <https://doi.org/10.29035/pai.7.2.64>
- Parra-Romero, A., y Gitahy, L. (2017). Movimiento social como actor-red: Ensamblando el Comité para la Defensa del Agua y del Páramo de Santurbán. *Universitas Humanística*, (84), 113-139.
- Pozas, M. (2016). La teoría del actor red: Objetos, actores y cursos de acción. En M. Pozas y M. Estrada (Eds.), *Disonancias y resonancias conceptuales: Investigaciones en teoría social y su función para la observación empírica* (pp. 53-76). El Colegio de México.
- Rudas, N. (2021). *La violencia y sus resistencias en la Universidad Nacional de Colombia* (1.ª ed.). Universidad Nacional de Colombia.
- Serna Dimas, A. (2015). *Disertación elemental: Algunas cuestiones sobre la investigación social*. Ediciones USTA.
- Soto Pereira, D. E. (2024). La dificultad epistémica en el estudio de los movimientos sociales. *Revista Tlatelolco*, 3(1), 10-25. https://puedjs.unam.mx/revista_tlatelolco/wp-content/uploads/2024/06/01-La-dificultad-episte%E2%95%Aoumica-en-el-estudio-de-los-movimientos-sociales.pdf
- Svampa, M. (2009). *Desde abajo: La transformación de las identidades sociales*. Biblos.
- Tarrow, S. (2004). *El poder en movimiento: Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Alianza.
- Tilly, C. (2000). Acción colectiva. *Apuntes de Investigación*, (6), 9-32.
- Touraine, A. (2006). Los movimientos sociales. *Revista Colombiana de Sociología*, (27), 255-278.
- Wallerstein, I. (2008). *Historia y dilemas de los movimientos antisistémicos*. Ediciones Desde Abajo.
- Wills, F., y Giraldo, J. L. (2023). *Solo teníamos el día y la noche*. Ariel.
- Zalamea, F. (2008). Geometría de la confrontación universitaria. *Ethos Universitario*, 1(1), 5-14.
- Zaragoza, J. M. (2025). *Componer un mundo en común: ¿Por qué necesitamos a Bruno Latour?*. Lengua de Trapo.
- Zibechi, R. (2022). *Mundos otros y pueblos en movimiento: Debates sobre anti-colonialismo y transición en América Latina*. Ediciones Desde Abajo.